

Vivimos en un mundo dominado por la masa, donde el hombre de esfuerzo, el hombre sabio, no es ni tan siquiera la sombra de lo que tiempo atrás fue o significó. Esa minoría selecta a la que aludo, apenas tiene relevancia en la sociedad civil. Sus palabras, teorías, conductas, maneras de pensar y modos de comportamiento, de poco o nada sirven, ni siquiera de ejemplo para otros. Sólo se le lanza por la borda y se le califica con alguno de esos adjetivos que valen para desacreditar al otro, al distinto.

Como se puede comprobar fácilmente, existe un “hombre nuevo” que todo lo acapara y que impone su razón – por llamarla de alguna forma – por encima de la recta razón. Sus escudos no son otros que el relativismo, los derechos del hombre y el desarrollo técnico, que apenas generan obligaciones, ni buscan el mérito más allá de un mínimo plausible.

A mi parecer, el hombre-masa es aquel que se cree el dueño de todo y ni tan siquiera es señor de sí mismo. Es un amante del placer de la servidumbre o incluso un “esclavo moderno”. Para otros, como Ortega y Gasset, este tipo de sujeto es aquel “que se encuentra a mitad de camino entre el ignorante y el sabio, que cree saber y no sabe, y el que no sabe lo que debería saber”. Yo apuntaría además que es un gran residuo de aquello que llamamos el Estado Social y Democrático de Derecho, donde los que no hacen nada tienen los mismos beneficios o más que el hombre-excelente, lo cual no es justo. La justicia se ocupa de dar a cada quien lo que le corresponde y, atendiendo a este concepto, creo que a la muchedumbre debería pertenecerle mucho menos de lo que se le concede.

Mas quizá, haya un hombre-masa que, tal vez, sea el peor de todos. Ortega lo llama “el señorito satisfecho” y yo lo llamo “el hijo de papá” o “el niñoato”, quien es aquel que vive del esfuerzo de su antecesor, que va a la deriva y pisa al igual que un gigante con los pies de barro. Es la deshonor en su máximo esplendor. ¿Puede una masa frenética e iracunda imponer una razón infundada? Sí. ¿A cambio de qué? De arrinconar al hombre-excelente y acallar la verdad individual de éste. ¿Cuál es la solución? Recuperar al hombre. Seguramente sea excesivamente crédulo, pero después de todo sigo confiando en él porque como decía Pascal: “El hombre sabe que es miserable. Es, por lo tanto, miserable puesto que lo es; pero es muy grande, puesto que lo sabe”. Amplió señalando que en su miseria, en su humildad, está su gloria y, por lo tanto, su destino.

En ningún momento y bajo ninguna circunstancia, he deseado hacer en este post un juicio de valor entre ricos o pobres, entre personas con estudios o sin ellos, entre mujeres y hombres, entre guapos y feos. Pido que no me malinterpreten. Solamente hablo de la excelencia, de la

## El hombre-masa

Escrito por Antonio Casado. Abogado

---

exigencia, de la fama merecida, de la calidad para ser digno, del buen trabajo, del diligente hacer, de ayudar al prójimo, de la comunidad como agregado, del ámbito de superación, de la trascendencia, etc. En mi cuerdo juicio, sólo el hombre-noble cargado de motivos podrá silenciar algún día al hombre-vulgar. Mientras permanecemos a la espera, seguiremos disfrutando de la crisis de valores y de la crisis económica que asola en occidente y que ya se deja entrever en oriente desde hace un tiempo.

Sólo una cosa más, que la afirma uno de los grandes fundadores del romanticismo de las letras alemanas Goethe, “vivir a gusto es de plebeyo: el noble aspira a ordenación y a la ley”. Noblesse oblige. La democracia tiene derechos; la nobleza tiene obligaciones. Ni una cosa ni la otra, en medio está la virtud.